

Las causas de la muerte de JESÚS

Juan Pablo García Maestro
Instituto Superior de Pastoral
(UPSA-Madrid)

Sobre las causas de la muerte de Jesús se ha escrito mucho y bien, especialmente desde la teología latinoamericana de la liberación (Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, Juan Luis Segundo, Leonardo Boff). También teólogos europeos como Moltmann, Duquoc, González Faus, J. M^a Castillo, Julio Lois, J. Antonio Pagola y otros han publicado sobre el tema. Sin olvidar a su vez a los teólogos africanos, especialmente a Albert Nolan¹. Desde el ámbito de la exégesis, creo que el estudio más serio que se conoce es el de Raymond E. Brown². Pero, si tuviera que hablar desde mi propia experiencia, ¿qué puedo decir sobre esta cuestión tan central en la vida de Jesús? Soy consciente que sobre este tema tengo que expresarme más desde lo que he leído, no así desde lo que he vivido. Todavía no he experimentado en mi piel lo que es la persecución a causa del compromiso por la justicia, que hunde sus raíces en una verdadera experiencia en el Dios de Jesucristo. A quien sigue a Jesús con todas sus consecuencias, eso le va a acarrear persecuciones e incluso la muerte. Todos sabemos que Jesús acabó en la cruz por la forma y el estilo de vida que vivió. Para aquellos que dejan a Dios ser Dios y viven para Él, el destino será como el de Jesús (cfr Mt 10, 16-25).

Sin el significado profundo que tiene **la libertad** en la vida de Jesús no se entiende el por qué de su muerte³. La libertad exige vivir en la transparencia de vida, la coherencia entre lo que se cree y se practica; no vivir a merced de intereses de poder o de la buena fama. La libertad de Jesús consistió en ser fiel a la misión que le había encomendado el Padre, y todo ello iba en beneficio de la dignidad de aquellos que se sentía discriminados por las estructuras opresoras que engendra una religión que sustituye la gracia por la Ley. Jesús no tuvo miedo a enfrentarse con el templo, lugar en donde se manejaban el poder y el dinero⁴.

Por eso, cuando se insiste tanto en la búsqueda de la verdad como tarea prioritaria de la universidad y de nuestra sociedad postmoderna, creo que el cristianismo debe puntualizar que *la verdad nos hace libres*. La verdad que lleva al escándalo de la cruz, que para muchos es necesidad, y exige desenmascarar la mentira. Pablo habla de cómo hay hombres que encubren la verdad con la injusticia (cfr. Rm 1, 18). Tristemente, en muchos libros de ciencia, de literatura, de filosofía, poesía, teología etc... se oye poco el grito de las víctimas.

1. La Encarnación: todo tiene su origen en donde y cómo nos ubicamos en este mundo

Jesús nace en un pesebre, en un lugar poco relevante a los ojos de este mundo. Este hecho histórico resulta paradójico pues estamos acostumbrados a que la gente importante nazca en los palacios. La Encarnación de Dios en Jesús es una Encarnación con olor a establo (Gustavo Gutiérrez). ¿Por qué el Dios de Jesús se empeña en situarse en ese lugar? Es más, o lo encontramos en los que están abajo, en lo pequeño, marginado, etc... o será muy difícil encontrar a Dios. En esta línea el mártir Dietrich Bonhöffer decía: "hemos aprendido a ver los grandes acontecimientos de la historia del mundo desde abajo, desde la perspectiva de los marginados, los sospechosos, los maltratados, los sin poder, los oprimidos, los insultados, en suma, desde la perspectiva de los que sufren"⁵.

Por otro lado, el programa de vida de Jesús se centró en vivir para los demás y en enfrentarse a aquellos que con su forma de actuar estaban ocasionando mucho sufrimiento. Este modo de obrar molestó a los que ostentaban el poder religioso y político. Jesús mostró ser muy libre frente a las leyes, frente a la forma de entender la familia y ante la forma de vivir la religión, simplemente porque le interesaba la dignidad y el valor de las personas, especialmente

el de aquellos que otros consideraban como pecadores. Para los fariseos, sumos sacerdotes, doctores de la ley... , los pobres, leprosos, publicanos, pecadores, prostitutas..., eran los pecadores de aquella sociedad. El teólogo Albert Nolan sostiene con acierto que Jesús dio la vuelta al concepto de pecado, invirtiendo todo el significado y el contenido concreto de dicho concepto. El pecado no era lo que los escribas y los fariseos creían. Jesús afirmó que los líderes religiosos de su tiempo estaban equivocados acerca de lo que degradaba y ofendía a Dios. Jesús chocó con el sistema judío de la época, y cuestionó dicho sistema de "pureza" o de "santidad", que consistía en una interpretación y una aplicación errónea de la ley de Dios. "Quienes caían fuera de los límites de la pureza y la santidad eran pecadores, lo supieran o no, tanto si lo eran de nacimiento como si no lo eran. Así, entre los pecadores se incluían a los paganos, leprosos, prostitutas, recaudadores de impuestos, y todas las clases inferiores, que impuros e ignoraban la ley. Como Dios era santo y nunca tendría nada que ver con nadie o nada que no fuera puro, limpio y santo. Jesús rechazó totalmente el sistema. Esto se puede ver en algunos textos de los evangelios (cfr. Lc 24-26; Mt 23, 13-32). A los responsables de ese sistema les considera como los auténticos pecadores (cfr Mt 12, 34) y les acusa de dos grandes pecados: el culto idolátrico (Mt 6, 24) y la hipocresía (Mt 6, 1-18).

Por eso, para Jesús, los oficialmente catalogados como pecadores eran sus amigos: los pobres, los enfermos, los impuros (cfr Jn 7, 49), los publicanos y los pecadores (cfr. Mt 11, 19; Mt 5, 49)⁶.

Mons. Romero decía que *"se mata a quien estorba"*. Y Jesús porque estorbó a los que practicaban una religión opresora, de ahí que no muriese de viejo y en la cama sino en la cruz, como un maldito. "Maldito aquel que es colgado de un madero"⁷. A Jesús le mataron por la vida que llevó y por la misión que cumplió.

Al ubicarse desde abajo, desde lo despreciado y no desde el poder, Jesús acabó así. Dime con quien estás y como te ubicas en este mundo y te diré como terminarás.

Jesús no buscó la persecución sino que se encontró con ella. Gustavo Gutiérrez afirma que el martirio **no se busca sino que se encuentra** por nuestro estilo y coherencia de vida. El que



sigue a Jesús no puede acabar bien. Y escribe Ellacuría: "Si desde el punto de vista teológico-histórico puede decirse que Jesús murió por nuestros pecados y para la salvación de los hombres, desde un punto de vista histórico-teológico ha de sostenerse, que lo mataron por la vida que llevó. La historia de la salvación no es ajena nunca a la salvación de la historia. No fue ocasional que la vida de Jesús fuera como fue; no fue tampoco ocasional que esa vida le llevara a la muerte que tuvo.

La lucha por el Reino suponía necesariamente una lucha a favor del hombre injustamente oprimido; esta lucha le llevó al enfrentamiento con los responsables de esa opresión. Por eso murió y en esa muerte los venció"⁸.

A modo de conclusión de este primer apartado resalto lo siguiente:

- a. Jesús no muere por confusión de sus enemigos. Ni los judíos, ni los romanos se confundieron, pues la acción de Jesús, pretendiendo ser primariamente un anuncio del Reino de Dios, era necesariamente una amenaza contra el orden social establecido, en cuanto estaba estructurado sobre fundamentos opuestos a los de Reino de Dios.
- b. Esta conexión se funda en una necesidad histórica. Jesús no predica un Reino de Dios abstracto o puramente transterreno sino un Reino concreto, que es la contradicción de un mundo estructurado por el poder del pecado; un poder que va más allá del corazón del hombre y se convierte en pecado histórico y estructural. En estas condiciones

históricas la contradicción es inevitable y la muerte de Jesús se constituye en necesidad histórica.

- c. La comunidad post-pascual, aun tras la experiencia creyente de la resurrección y la fe en la divinidad de Jesús, consideró imprescindible no dejar anulado el Jesús histórico sino que le dio máxima importancia para mostrar cómo la experiencia creyente está ligada necesariamente al proseguimiento de lo que fue la vida de Jesús, muerto y crucificado por lo que representaba como oposición al mundo de su tiempo.
- d. Sólo en el proseguimiento esperanzado de esa vida de Jesús, se hace posible una fe verdadera que testifique la fuerza de la resurrección. Porque Jesús ha resucitado como Señor, ha quedado confirmada la validez salvífica de su vida; pero al mismo tiempo, por la relación de su vida con su resurrección ha quedado mostrado cuál es el camino histórico de la fe y de la resurrección.
- e. La conmemoración de la muerte de Jesús hasta que vuelva no se realiza adecuadamente en una celebración cultural y ahistórica ni en una vivencia interior de la fe, sino que ha de ser también la celebración creyente de una vida que sigue los pasos del que fue muerto violentamente por quienes no aceptaban los caminos de Dios, tal como habían sido revelados en Jesús.
- f. La separación en la comprensión de la Iglesia y de los cristianos del por qué muere Jesús y del por qué le matan, no está justificada. Es una disyunción que reduce la fe a una pura evasión o reduce la acción a una pura praxis histórica. La praxis verdadera, la plena historicidad, está en la unidad de ambos aspectos, aunque esa unidad se presente a veces oscuramente, como se hizo presente en la vida de Jesús.
- g. No puede olvidarse que, si la vida de Jesús hubiera terminado definitivamente en la cruz, nosotros estaríamos en la misma oscuridad que su muerte causó entre sus discípulos. El que su vida no terminó en la cruz muestra retroactivamente la plenitud que esa vida encerraba, y da la base firme para que la comunidad creyente actualizara las posibilidades que esa vida tuvo. Jesús fue y se proclamó el verdadero templo de Dios, el lugar definitivo de la presencia de Dios entre



los hombres y del acceso de los hombres a Dios. Por eso murió y por eso nos dio la vida nueva⁹.

- h. Y añadiría: “Jesús muere porque los seres humanos morimos, y muere porque, tristemente, matamos”. Solidaridad con la finitud humana, con la experiencia más básica y universal (la muerte, el dolor...) y apuesta decidida por las víctimas, por los injusticiados y asesinados frente a los verdugos”

2. Cuando hemos elegido el poder y no la cruz

Pero en la práctica ignoramos las causas históricas de la muerte de Jesús y nos centramos exclusivamente en el sentido teológico de su muerte: confesamos que muere por nuestros pecados, para nuestra salvación. Pero no se puede redimir, cambiar la historia, si uno no se mete dentro de ella. El mal, el dolor, las injusticias, la violencia, el eliminar a los otros, no se erradican si no cargamos con estas dolorosas realidades. Porque se necesita saber por qué está así la historia para poder erradicar sus males. Y no basta conocer la realidad (“atrévete a saber” demandaba Kant), sino que es necesari-

rio también de cargar con esa dolorosa realidad y encargarse de ella (Ellacuría).

Pero a veces, el Jesús implicado en la realidad injusta no ha interesado suficientemente a la Iglesia, ni a la mayoría de los cristianos. Un Dios *débil*, abajado entre los que se encuentran humillados en este nuestro mundo, no nos interesa, porque siempre nos resulta más fácil y seductor subir al carro del poder. Benedicto XVI en su libro *Jesús de Nazaret* sostiene que “*En el curso de los siglos, bajo distintas formas, ha existido esta tentación de asegurar la fe a través del poder, y la fe ha corrido siempre el riesgo de ser sofocada precisamente por el abrazo del poder. La lucha por la libertad de la Iglesia, la lucha para que el reino de Jesús no pueda ser identificado con ninguna estructura política, hay que librarla en todos los siglos. En efecto, la fusión entre fe y poder político siempre tiene un precio: la fe se pone al servicio del poder y debe doblegarse a sus criterios*”¹⁰.

Una Iglesia que no es perseguida tiene que cuestionarse con quien está, y si de verdad ha tomado en serio al Jesús histórico. Será una institución burocrática más, pero no es la Iglesia que Jesús quería.

3. Una religiosidad popular alienante

La religiosidad y *la fe de los sencillos* son algo que la teología y la praxis pastoral no debe despreciar. Benedicto XVI ha escrito al respecto: “No son los intelectuales los que dan la medida a los sencillos, sino los sencillos los que mueven a los intelectuales. No son las explicaciones eruditas las que dan la medida a la profesión de fe bautismal. Al contrario, en su ingenua literalidad, la profesión de fe bautismal es la medida de toda la teología. Al magisterio se le confía la tarea de defender la fe de los sencillos contra el poder de los intelectuales. Tiene el deber de volverse la voz de los sencillos, allí donde la teología deja de explicar la profesión de fe para apoderarse de ella. Proteger la fe de los sencillos, es decir, de los que no escriben libros, ni hablan en la televisión, ni escriben editoriales en los periódicos: ésta es la tarea democrática del magisterio de la *Iglesia*”¹¹. Y añade: “La palabra de la Iglesia no ha sido nunca amable y encantadora, como nos la presenta un falso romanticismo sobre Jesús. Por el contrario, ha sido áspera y cortante como el verdadero amor,



que no se deja separar de la verdad y que le costó la cruz”¹².

Por lo tanto, la opción por Jesús, su seguimiento, tiene consecuencias. El hombre rico quiere saber lo que tiene que hacer para ganar la vida eterna. Por el diálogo que mantiene con Jesús sabemos que cumplía desde niño los mandamientos. Sin embargo, Jesús le pide que no esté apegado a los bienes, que lo venda todo, y que le siga (cfr Mc 10, 17-22; Mt 19, 16-22). No podemos “abaratar la gracia”, pues “la gracia barata es el enemigo mortal de la Iglesia” (D. Bonhöffer).

Una fe infantil y desencarnada, consistente sólo en devociones de santos, de peregrinaciones a los santuarios marianos o procesiones por las calles, no evita que la religión se convierta en “opio para el pueblo”. No quiero decir que estas prácticas sean siempre alienantes, sino que hay que orientarlas desde **la espiritualidad del seguimiento de Jesús**.

Una de las aportaciones más serias de la Teología de la liberación ha sido recuperar el sentido de la comunidad y el protagonismo de los que están abajo; es decir, el intento de que tomen en serio el papel que tienen en la historia. El que, de ser sujetos pasivos que dependen de lo que algunos quieren de ellos, lleguen a ser sujetos que toman las riendas de su propio destino.

El mostrar por qué muere Jesús y quien mata a Jesús debería ser *nuestro programa social y pastoral*. Los filósofos rusos del siglo XIX hablaban de la Trinidad como nuestro programa social. Pero la Trinidad ha de ser interpretada desde la Cruz. En la cruz se revela cómo es Dios y con Él están presentes todos los crucificados de la historia. Por eso, Ellacuría no sólo escribió sobre el Dios crucificado sino también sobre los pueblos crucificados. “Vosotros sois la imagen del Divino Traspasado”. Con estas palabras se dirigió Mons. Romero a tanta gente pobre que se había librado de una matanza en un barrio de El Salvador.

Muchas veces me he preguntado por qué continentes de mayoría cristiana son a la vez tan pobres. ¿No será porque hemos fomentado una religión de la resignación y de la paciencia? No olvidemos que Job no fue el que tuvo mucha paciencia sino que fue un justo rebelde. Una fe adulta nos tiene que impulsar a no callar ante tantas estructuras injustas. No podemos fomentar una praxis de la resignación.

4. Reflexión de un cristiano prudente ante un crucifijo 2008 años después

Jesús:

Ya ves, en el fondo hemos aprendido bien tu lección y te perdonamos también nosotros. Y hasta te perdonamos con tu misma generosidad excusante: no sabías lo que te hacías, ¿verdad?

Ahora comprenderás que si hubieses tenido quince años más todo habría terminado bien. Habría sido más fácil llegar a un acuerdo. Y luego, hasta puede que Pilatos te hubiera concedido una audiencia y hubiese designado un centurión para que te guardara las espaldas. Y, créenos, todo eso habría repercutido en mayor bien de tu pueblo.

Pero, en fin, ya pasó todo y será mejor no volver a hablar de ello. Sólo te reprochamos una cosa: que no hicieras caso a los ancianos (Mt 15, 2; 26, 47.57; 27, 1). Ellos sabían mejor que tú que la madurez no consiste en decir **no** ante las cosas, sino en justificarlas. Ellos ya sintieron tener que promover tu condena. Pero....ahora que ya han pasado aquellas horas negras y el tiempo ha podido suavizar muchas asperezas, reconoce que tu actitud facilitaba bien poco las cosas.

Si hubieses sido más prudente, como te aconsejaban tus familiares (Mc 3, 21; Jn 7, 3-5) –ahora comprendes que te querían bien, ¿no?-, habría podido evitarse el desenlace, y habrías tenido más tiempo y más oportunidades para seguir predicando al pueblo aquellas cosas tan bonitas que predicabas (porque nosotros también sabemos apreciarlas, ¿ves?). Habrías podido hacer más bien. Compréndelo: en la vida siempre es necesario un poco de flexibilidad. Hay que pactar, hay que renunciar a lo ideal para salvar lo posible.

Tú, por el contrario... ¡en buen lío nos metiste! ¿No ves que algunos –incluso no cristianos- se aprovechan de tu imprudencia para hacer panegíricos tuyos y decir que en ti “el amor debió ser militante, subversivo”, que por eso te crucificaron, que “pusiste de manifiesto lo absurdo de todas las sabidurías al demostrar precisamente lo contrario del destino inexorable: la libertad, la creación, la vida? ¡Por favor! Comprende que todo eso nos coloca en una situación bien poco airoso, y que luego nosotros nos las deseamos para ver de paliar los efectos de tu idealismo inexperto.

Pero, en fin, ya te he dicho que no tratamos de reprocharte nada. De veras tendrías que creer que nuestra disposición para un diálogo es inmejorable y que estamos seguros de que será posible llegar a un acuerdo. Sólo deberías tener en cuenta que tenemos muchos más años y más experiencia que tú.

Sé razonable. Estamos seguros de que –ahora que los años te habrán hecho reflexionar y nos darás la razón- siempre será posible un arreglo. Y sin duda que interpretaremos correctamente lo que tú harías hoy –que ya no eres tan joven- si nos limitamos a hacer de tu cruz un adorno para nuestros dormitorios.

Déjanos hacer. Ya verás cómo es para bien de todos”.

Conclusión

En los últimos años ha habido cierto regreso hacia una visión espiritualista de la muerte de Jesús. Seguro que todos los que estamos aquí hemos visto la película “*La Pasión*” de Gibson. Esa visión tan victimaria y de un Jesús ensangrentado que muere por nuestros pecados y por lo malos que somos. No creo que sea esa la interpretación que se extrae de los evangelios. En esta película no se destacan las causas his-

tóricas que le llevaron a la muerte. Hay una total desconexión entre la vida (la praxis: su hacer y decir) y la muerte de Jesús. Obvia lo esencial: la muerte de Jesús es consecuencia directa de su forma de vivir. Las opiniones que yo escuché a muchos cristianos en plena Semana Santa en la ciudad de Andalucía son reflejo de lo que se transmite en esa película. Las imágenes que sacamos en procesión son para decir: “gracias Señor porque moriste por nosotros, por lo pecadores que somos”. Pero –deberíamos añadir- “es más difícil aceptar que, para redimir el pecado, tú te metiste hasta cargar con la realidad opresora, que es contra lo que no queremos encargarnos los humanos. Nos cuesta mucho sustituir la fuerza del “poder” por la elocuencia de la “autoridad moral”, la que se “impone” sola, la que testimonia con sus obras más que con sus palabras, la que sirve no retóricamente, sino con manos manchadas de la pobreza compartida y sin embargo mantiene la limpieza del corazón con la religión, nos cuesta luchar contra las estructuras que tanto daño hacen a la gente que vive con dos dólares al día, mientras que en algunos países de Europa, incluido el nuestro, se pagan verdaderas millonadas a jugadores de fútbol, a los tenistas, a corredores de fórmula uno... Sin olvidar lo que nos gastamos en armamentos, etc... Nos cuesta impedir que el templo siga siendo una cueva de ladrones en vez de facilitar que sea casa donde se ora en espíritu y verdad. No queremos que el verdadero templo seas Tú. Se nos hace difícil denunciar al nuevo Herodes, al que tú llamaste “zorro” o, mejor dicho, un don nadie. Afirmaste bien claro que seguirías trabajando día y noche porque para eso te había enviado al Padre, para ser testimonio de la luz. Nos cuesta denunciar al Caifás de hoy, que siguen haciendo de lo sagrado un negocio y un instrumento de poder.

Es verdad que Jesús muere por nuestros pecados y para nuestra salvación; que murió, como se ha dicho, en solidaridad con todos los que han muerto y con los que también moriremos; que murió en solidaridad con todos los que

sufren la violencia y la injusticia. Esa solidaridad de Jesús fue resaltada por la mejor teología de san Pablo. Pero no demos un salto demasiado rápido hacia la interpretación teológica sin tomar en serio las causas históricas de la muerte de Aquel que la Iglesia confiesa como Salvador del mundo.

El Resucitado es el Crucificado pues para llegar a comprender el misterio de la Resurrección hay que pasar primero por el evento de la Cruz. En esto estriba la identidad del cristianismo también hoy: no hay resurrección sin cruz.

Notas

1 A. Nolan, ¿Quién es este hombre? Jesús, antes del cristianismo, Sal Terrae, Santander 1981², especialmente 183-217.

2 La muerte del Mesías. Desde Getsemaní hasta el sepulcro. II Tomos, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 2005.

3 Cf. Ch. Duquoc, Jesús, hombre libre, Ed. Sígueme, Salamanca 1974.

4 F. Fernández Ramos, Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, Ed. San Esteban, Salamanca 2007, especialmente pp. 79-86. A juicio de Fernández Ramos, “lo que parece evidente es que la cuestión sobre el templo fue el motivo de mayor peso para los sumos sacerdotes en orden a eliminar a Jesús. Los que tenían en esta institución su prestigio social, su poder y sus pingües rentas tenían que hacer callar la voz de aquel perturbador que denunciaba las irregularidades que se cometían “en la casa de mi Padre”. La cuestión sobre el templo es inseparable de la blasfemia de la que fue acusado Jesús y, como tal, formó parte, de alguna manera, del proceso, p. 84.

5 D. Bonhöffer, Gesammelte Schriften II, 441.

6 A. Nolan, Dios en Sudáfrica, Sal Terrae, Santander 1989, 52-53.

7 Así se dice en Deuteronomio 21, 22-23: “Si un hombre, reo de delito capital, ha sido ejecutado, lo colgarás de un árbol. No dejarás que su cadáver pase la noche en el árbol; lo enterrarás el mismo día, porque un colgado es una maldición de Dios”.

8 I. Ellacuría, Por que muere Jesús y por que le matan, en “Misión Abierta” n° 2 (marzo 1977), 17-26, aquí 25.

9 Ibid., 25-26.

10 J. Ratzinger-Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, Ed. La esfera de los libros, Madrid 2007, 65.

11 J. Ratzinger, Contra el poder de los intelectuales, en “30 días” VI, 2 (1991), 68-69.

12 Ibid., 71.